

LOS BOSQUES CUENTAN SU HISTORIA
PROYECTO ED 230116
TEXTO AUDIO

Hola, me presento: soy el tepu y vivo en los bosques húmedos de Chiloé.

Soy joven, aún estoy creciendo, mi follaje todavía no es tan frondoso como en los tepuales adultos, que tienen unas ramas grandes y retorcidas, que se van enredando unas con otras y forman un bosque misterioso. ¡Uf, si los conocieras!

Me contaron que hace mucho tiempo pasó por esta zona un viajero, llamado Charles Darwin, que escribía libros sobre la naturaleza y quedó sorprendido por la forma de los bosques de tepuales. Hasta nos describió como una selva impenetrable de árboles enmarañados, una imagen única en el mundo.

Lamentablemente, de esos bosques antiguos ya no quedan tantos por acá. Alguna vez cubrieron toda la isla, pero mis antepasados corrieron la misma suerte de muchos otros bosques en Chile. Cuando los humanos descubrieron que podían beneficiarse de nuestra madera, no tuvieron piedad. Les pasó lo mismo que a las palmas chilenas, que a los alerces o a las araucarias: conocieron el lado más oscuro del Homo sapiens.

En nuestro caso, se debe a que nuestra madera es más densa y, al quemarse, produce harto calor, así que nos cortan para temperar sus hogares. En el caso de las palmas, es por su savia; de los alerces y las araucarias, aprovechan su madera para construir casas y muebles. Incluso, hubo un tiempo en que muchos, pero muchos bosques fueron incendiados, porque los humanos necesitaban despejar terrenos para cultivar sus alimentos.

Algunos bosques siguen enojados con ellos. Como los alerces, que hubieran desaparecido de no ser por una ley que los mismos humanos crearon y que prohíbe cortar árboles vivos; ahora, sólo pueden usar la madera de alerces muertos.

Quedan poquitos bosques de alerces, que subsisten en las regiones de Los Lagos y Los Ríos. Ahí los protegen. ¡Si son los segundos árboles más longevos del planeta!, es decir, viven miles y miles de años. En Chile, hay un alerce que tiene 3.600 años de existencia. ¿Se imaginan todo lo que ese árbol ha visto pasar en el planeta en más de tres milenios y lo que podría contarles?

Para que se hagan una idea: como son tan longevos, en los anillos de sus troncos pueden leerse los cambios del clima durante miles y miles de años. Un anillo es una marca circular que va quedando estampada en nuestros troncos por cada año que vivimos y su tamaño depende de las condiciones ambientales. En un año muy seco, la marca es delgada, porque si nos falta el agua, crecemos poco. Cualquier cambio en la temperatura también queda registrado en los anillos. Y como los alerces son tan longevos, los humanos ahora saben lo que ha ocurrido con el clima en esta parte del planeta durante los últimos ¡CINCO MIL AÑOS!

Está complejo esto del clima. El planeta se está calentando y eso tiene efectos devastadores en nuestros hábitats. Durante los últimos 10 años, por ejemplo, Chile ha sufrido una sequía muy intensa que tiene a los bosques siempreverdes de la zona central perdiendo el verdor de su follaje.

Cuando eso pasa, los árboles perdemos la capacidad de producir nuestro alimento. ¡Es como si nos muriéramos de HAMBRE!

Y eso que ese bosque, que ustedes conocen como esclerófilo, es todo un sobreviviente. Boldos, bellotos del norte, corontillos, espinos, litres, maitenes y otras tantas especies descienden de bosques que debieron adaptarse cuando, hace -millones de años- el clima del planeta se volvió más cálido. Hoy forman un ecosistema que, además, es el refugio de la palma chilena.

¿Se han preguntado cómo puede vivir en Chile una PALMERA? Son especies que necesitan un clima tropical para desarrollarse. Pero a la palma chilena, la más austral del planeta, le basta un clima templado, ¿por qué?

Porque se ADAPTÓ para sobrevivir. Así funciona la naturaleza; así funciona la vida: es un continuo siempre en movimiento; siempre cambiando para permanecer. Los antepasados de las palmas chilenas fueron parte de los extensos bosques de palmeras que alguna vez poblaron Sudamérica, desde el Atlántico al Pacífico. Pero hace millones de años, cuando la cordillera de los Andes comenzó a levantarse, quedaron aislados en la costa oeste del continente y debieron CAMBIAR, porque el clima se volvió más seco.

Lo que me han explicado es que, en los 4.600 millones de años que tiene la Tierra, ha habido muchos cambios climáticos en el planeta. Todos los bosques que protagonizan este libro, de una u otra manera, descienden de especies que debieron adaptarse para sobrevivir a esas transformaciones en el clima y en su entorno. TODOS.

El problema es que la actividad humana ha liberado tanto dióxido de carbono a la atmósfera, que el actual cambio climático está sucediendo muy rápido y NO nos da tiempo de adaptarnos. La pérdida de verdor del bosque esclerófilo es un ejemplo de lo que les digo y la palma... Uf, todos estamos preocupados por la situación de las palmas. Durante tantos años sus bosques fueron arrasados para extraer su savia y elaborar miel de palma. Y ahora esta sequía que amenaza con matarlas de hambre o desatar incendios devastadores. Si casi no existen palmitas; es como si en las sociedades humanas ya no nacieran más niños y niñas. ¿Se imaginan lo triste que es eso?

Como dicen mis amigas araucarias en este libro, en algún momento de la historia, el ser humano se apartó de la naturaleza. Dejó de verse a sí mismo como un habitante más del planeta y empezó a mirar a las otras especies SOLAMENTE como recursos que podía explotar.

Pero no siempre fue así.

Las araucarias de Sudamérica provienen de una familia que habita el planeta hace ¡300 MILLONES de años! Ustedes las conocen como CONÍFERAS y descienden de los primeros bosques que poblaron la Tierra, de los primeros árboles que desarrollaron madera, con troncos resistentes, que se extendieron por casi todo el mundo. Son consecuencia de un salto evolutivo importante en el reino vegetal: pertenecen al primer grupo de plantas que fue capaz de reproducirse gracias al polen dispersado por el viento y producir semillas, llevadas también por el viento a sitios alejados. Mucho, pero mucho tiempo después, hace 140 millones de años, aparecimos nosotras, las plantas con flores, que contamos además con la colaboración de los insectos para transportar el polen y de algunos animales, que se llevan lejos nuestras semillas.

Así que, como podrán imaginar, los bosques de araucarias conocieron muy de cerca a los primeros humanos que llegaron al continente, los vieron desarrollarse y organizarse en pueblos que vivían en armonía con la naturaleza. Mis amigas siempre me hablan de uno muy antiguo, que todavía vive en la zona: el pueblo mapuche-pehuenche. Su relación con la naturaleza ha sido siempre de gratitud y protección, porque están convencidos de que los componentes de la naturaleza (incluyendo a los humanos) somos parte de un todo.

Para este pueblo, la araucaria es su árbol sagrado, el árbol que les asegura su subsistencia al ofrecerles sus piñones o semillas ricas en los nutrientes que necesitan los humanos. Para este pueblo, las araucarias fueron dejadas en el mapu por su dios principal y cada bosque es una agrupación familiar, donde los árboles se comunican a través de sus raíces.

Es problema con los humanos que llegaron después es que produjeron muchos beneficios para su especie, pero se olvidaron de algo esencial: la clave de la supervivencia es la COLABORACIÓN, entender que todos somos parte de un gran ecosistema y que cada uno cumple una función que mantiene con vida a este ecosistema.

Les tengo un ejemplo de colaboración y capacidad de adaptación INCREÍBLE: un bosque húmedo, similar a los que existen acá en el sur, pero que ha sobrevivido millones de años en el desértico norte chileno. Lo conocen como Fray Jorge. Sí, ¡en el desierto! Donde no crece nada más que arbustos espinosos y cactus, puedes encontrar una selva valdiviana viviendo en las alturas de la cordillera de la Costa, en la Región de Coquimbo.

Los olivillos son los árboles más comunes ahí, pero forman una estrecha comunidad con otros árboles, arbustos, helechos, enredaderas y hermosas plantas con flor. La mayoría las especies que componen ese bosque son remanentes de grandes bosques que fueron desapareciendo cuando se formó el desierto de Atacama.

Los que lograron adaptarse, se unieron para sobrevivir... ¡comiendo CAMANCHACA!

Desarrollaron la forma de atrapar y retener el agua de esa neblina característica de la costa. Que no es cualquier neblina: tiene hasta 300 veces más compuestos nitrogenados que la lluvia y el nitrógeno es esencial para la fertilidad del suelo de los bosques.

La camanchaca se forma por la evaporación del océano, que es arrastrada por las brisas marinas y se acumula frente a las empinadas laderas de la cordillera de la Costa, donde está Fray Jorge, formando una capa húmeda y fría de nubes.

Todos los miembros del bosque colaboran para atrapar la camanchaca. Como los olivillos, que son expertos gracias a la arquitectura de sus ramas y el ángulo de sus hojas; o el yelmo, un arbusto trepador que tiene una especie de cera en la superficie de sus grandes hojas: como si fuera una tela de araña, en vez insectos, atrapa las gotas de agua.

Todos trabajan para eso: condensar la humedad en la superficie de su follaje y que luego caiga por goteo al bosque, abasteciendo al ECOSISTEMA con los nutrientes para vivir.

Para que TODOS vivan. Porque los bosques sabemos que todo lo que el planeta nos entrega -agua, alimento, refugio, suelos fértiles o paisajes maravillosos- se sostiene gracias a una red entrelazada

que forman miles y miles de organismos vivos, incluso de especies que los humanos ni siquiera conocen.

Si recién ahora se están deteniendo a mirar a las pequeñas plantas que cubren troncos, ramas y suelos de los bosques del sur, sobre todo los que viven en Magallanes, en uno de los lugares más prístinos del planeta. Allá, coigües, ñirres, lengas y otros árboles más pequeños sobreviven al frío y al viento de la Patagonia, cubiertos por un manto verde que se extiende por todo el bosque.

Formado por líquenes, briófitas, hongos y otras tantas especies minúsculas de insectos e invertebrados, este bosque en miniatura cumple una función esencial para su ecosistema. Como si fuera una gran esponja, el microbosque almacena agua, manteniendo la humedad y entregando al suelo los nutrientes que necesita.

Las briófitas -como los musgos- son las descendientes más directas de las primeras algas verdes, que hace 450 millones de años abandonaron los océanos para colonizar tierra firme. Y el bosque magallánico, en pleno Cabo de Hornos, tiene la mayor diversidad de estas pequeñas plantas en una superficie muy reducida: 750 especies, más del 5% de las briófitas conocidas en todo el planeta. ¿Qué tal?

Como verás, los bosques cumplimos con nuestra parte para mantener el ecosistema: nuestro follaje absorbe grandes cantidades de dióxido de carbono, nuestros suelos retienen el agua de las lluvias para tener en tiempos de sequía y prevenir los efectos de los desbordes de los ríos, entregamos refugio a la mayor cantidad de animales del planeta, ofrecemos la madera de nuestros hermanos muertos para que la usen en sus casas, les permitimos alimentarse de nuestros frutos, hasta medicinas pueden obtener de nosotros. Pero ya es hora de que ustedes cumplan con su parte y nos protejan.

Te invito a leer este libro, a escuchar la voz de los bosques, a conocer las historias de algunos de los habitantes más importantes de Chile.

Si ya lo leíste, te invito a conocerme. Baja la App de bosques en 360° en tu celular o inserta el teléfono móvil en los lentes de Realidad Virtual: te transportarás a mi hábitat, acá en Chiloé, podrás caminar por nuestro joven bosque, escuchar la lluvia cayendo sobre el follaje o detenerte para disfrutar el silencio de la naturaleza. Y, cuando puedas, sal de tu casa. Los bosques te esperan.